

# “Ditirambo para Santiago Arguello, Poeta y Apóstol”

*Der Tod its nichts, aber das sterben ist eine schandige Erfindung (Heine). La muerte no es nada, pero morir es una ignominiosa invención.*

Santiago Arguello nació en Nicaragua allá por el año 1871. Considerado en su patria como la primera figura literaria después de Rubén Darío, descolló como polígrafo ilustre, y son numerosas las obras que escribió sobre temas diversos de filosofía y literatura, y numerosas sus conferencias, dictadas la más de las veces en tribunas elevadas del pensamiento americano, que fueron testimonio vivo y claro de su talento.

Durante muchos años, desempeñó la dirección de la Escuela Normal de Profesores en Guatemala, siendo en el mismo país, catedrático de Elocuencia, Filosofía y Ética Profesional en la Facultad de Derecho.

Alternando la literatura con la política, Arguello ocupó elevados puestos, entre ellos el de Presidente de la Cámara de Diputados.

Rubén Darío, su mejor amigo, ha dejado de él páginas hermosísimas. En la primera edición de “Mi mensaje a la juventud y otras orientaciones”, Darío dice:

“Me es difícil comprender cómo se juntan en un carácter tan singular las dotes activas del político, unidas a las dotes intelectuales del hombre pensante”.

Y es que realmente Arguello, como Mitre en la Argentina, como Lerdo de Tejada en México, supo juntar literatura con política.

Dice Rubén Darío que Arguello fué en su patria el corazón y la vida, porque era un hombre sin mácula, sin partidos, sin egoísmos, tal como “una rosa de dignidad” sobre los cráteres de la política.

Santiago Arguello, a través de sus poesías, se revela apo-

líneo. Apolíneo por sus ardores, sus fragores líricos, que toman giros de sutil poesía.

Es Arguello, un productor de belleza, no un hacedor. Un productor, puesto que todos los temas que toca, están realzados por la belleza de su poesía.

Cuando Arguello leyó el maravilloso prólogo de su libro antes citado, corrigió lo que el vate nicaragüense decía de él.

"Darío dice que soy político. Eso está bien para los primeros años de mi vida ¡A Dios gracias!... Quise ser político con la política de Pitágoras en Crotona. Pero la de hoy es otra cosa".

Y tenía razón. Su vida entera fué una trayectoria de poesía pura.

Hay en ella momentos de verdadera belleza. Cuando Darío llegó a Corinto, se encontró con Arguello. A petición del público, debió éste saludar al recién llegado.

Y entonces Arguello improvisó esta exquisita maravilla de sencillez:

El Señor de la Victoria,  
por fin a su patria llega,  
más tarde dirá la historia,  
que él dejó a su patria ciega  
con el fulgor de su gloria.

Rubén Darío, contestó el saludo del amigo, moviendo su gran cabeza de genio:

Ninguna frase mejor  
que la que ahora interpreta,  
el que es su mayor poeta  
lleno de gloria y honor.

Aquel espectáculo era soberbio y grandioso. Dos aedas enormes se habían encontrado. Como dijo en aquella ocasión Ramíreb Brown en *El Mercurio*, de Chile, "Cuando se saludaron con aquellas estrofas, toda belleza y armonía, diríase el argentino choque de dos copas que se rompen dando al viento sus vibrantes melodías de cristal". Santiago Arguello, nunca creyó que había belleza en sus versos... Pensaba que no eran como para darlos a conocer. Fueron necesarias voces amigas, para convencerle, para que dejase de lado esa modestia impropia ya de sus años, para que permitiera dar a luz sus versos.

Sincero y franco, no vacila en decirlo: "No achaquéis a falsa modestia lo que os digo; pero es lo cierto que he vacilado

mucho, antes de decidirme a complacerlos, con cierta cortedad pudorosa, impropia de mis años, que me hace ver como si fuera muy poco acorde con el tiempo, todo ese producto lírico que fué en otras épocas tarea de corazón y orgullo pueril de inteligencia. Hace ya varios años que transformé mi pluma en válvula de auxilio al hermano, en flujo de inspiración para las conciencias que la necesitan, en fuerza estimulante hacia las superaciones; en un total despego”.

Cuando escribe, Arguello es sincero. Cuando dice las cosas con esa sencillez como la que tienen los pájaros en sus cantos, habla con su corazón.

Escuchémosle:

“Si hay arte en mis libros, es porque creo que la mejor aplicación de la Belleza es la que, convirtiéndola en Aurora, tiende a despertar en los hombres los espíritus, como en las selvas pájaros, haciéndolos vibrar y esmaltándolos de felicidad. Y también —¿por qué no confesároslo?— porque soy como soy, y porque así es mi especial manera de expresarme”.

El gobierno de Guatemala, bajo la presidencia del general Jorge Ubico, quiso honrar la memoria en vida del ilustre talento centroamericano, y es por ello que en el año 1935, patrocinadas por el excelentísimo señor presidente, se publicaron íntegras sus obras.

Entre las principales publicadas por la Empresa Editorial de la *Colección Guatemalteca* figuran: “El divino Platón”, “El libro de los Apólogos”, “La magia de Leonardo”, “Mi mensaje a la juventud”, “Modernismo y modernistas”, “Poesías escogidas y nuevas”, y “Lecciones de Literatura Española”.

Arguello fué siempre poeta. Lo era en su infancia. Es que su infancia era una poesía. El mismo lo confiesa; “Los versos no tienen historia, como no la tienen los perfumes, como no la tienen los trinos, como no la tienen los celajes. Los versos son el alma del poeta y están en ella desde que ella es. Cuando viene el momento, se manifiesta en especiales ritmos. Nada más. Yo no podría decirlos cuándo empecé a hacer versos. Los hice siempre y sigo haciéndolos, aun cuando escribo prosa, aun cuando no escribo nada. Yo versifico mi existencia. Quizá mi llanto de recién nacido ya llevaba en sus hipos el ritmo de los versos. Nací poeta y he vivido en poeta. Y moriré ¡lo espero en Dios!... siendo poeta”.

Es maravilloso oírle hablar. Porque el aeda admirable lo

hace con una sencillez que es propia sólo de los seres privilegiados.

¿Queréis saber cómo empezó a escribir sus versos? Escuchadle serenamente, quedamente, como si él mismo lo contara: "Recuerdo de una noche triste, luctuosa, en que murió mi abuela. Cuatro cirios ardían ceñidos por listones negros, en torno al cadáver. Los pasos deslizábanse por las alfombras. De un aposento iban saliendo sollozos comprimidos. Yo tenía siete años. No sé por qué desconocido impulso, cogí del escritorio de mi padre un lápiz rojo, y con mis letras gordas, desgarradas y sin asomo de ortografía, me puse a escribir (¿por qué? no sé), unos versos".

Oyéndolo decir así estos recuerdos, parece estar leyendo "La novela de un novelista", de Armando Palacio Valdés. Hay la misma frescura en ambos libros. La misma frescura de las cosas de niños contadas por grandes, que saben decirlas.

"Y no los recuerdo, pero, como es natural, deben de haber sido detestables. Sin embargo eran versos; versos dedicados a la abuelita muerta. Y tan versos eran que un tío muy letrado y que pasaba por poeta, al verlos unos días después, me preguntó asombrado: "¿De dónde los copiaste?" Yo, alentado por aquella pregunta, que me indicaba, al dudar que fueran míos, que los hallaba buenos, le respondí al instante: "No los copié, son míos". Y él, persistente en su santotomismo me interrogó de nuevo, esta vez como para desenmascararme: "Y ¿cómo los mediste?" Y entonces sí que me desconcertó. ¿Qué sabía yo lo que era medir versos?... Pero auxiliado por mi infantil sinceridad, le respondí de nuevo: "Si yo no los medí... Si así me salieron"...

Poco después se convenció.

Poco a poco, Arguello, estimulado consigo mismo, sigue versificando. Sus entusiasmos de muchacho se sienten halagados cada vez más. Ya le llaman "El Víctor Hugo en ciernes".

A los doce años, con todos los versos que había compuesto se publicó un tomito que llevaba por título "Primeras Ráfagas", que como él mismo lo dijo, "eran versos de iniciación, de pubertad, eruptivos, y plenos de desorbitaciones".

Eran sus poesías sísmicas, voces de trueno, de terremoto. He aquí una muestra:

¡Dios altísimo!... Escucha al vil gusano  
perdido entre la gran Naturaleza!...  
¡Envíale un destello, Soberano,  
desde el trono imperial de tu grandeza!...

Y hay en la historia del poeta su parte emotiva sentimental. Era allá por los tiempos de la mocedad...

Una vez, en cierta hacienda, un mozo pobre, plebeyo, campesino, pero, de grandes sentimientos, vivía su vida tranquilamente hasta que...

"Para aquel entonces llegó a visitar la hacienda una dama bellísima, en compañía de otras y de otros. El pobre mozo perdió el apetito y la tranquilidad... Y su ciego corazón, se enamoró locamente de aquella dama, de modo tal que el pobre mozo ya no unció más las yuntas, ni arreó el ganado, ni supo echar el lazo, ni hizo nada a derechas, porque todo era llorar y llorar...

Cuando la buena señora lo supo, tomó la cosa a broma, y rió, y rió, de aquella estupenda y cómica ocurrencia del mozo".

Santiago Arguello, cuando lo supo, no rió. Su alma se llenó de lástima. Y de allí nacieron las "Elegías del Labrador", pequeña tragedia sin sangre, desarrollada en pecho rústico que supo querer.

Todo lo impresionaba al genio nicaragüense. La muerte de un niño, llenando de vacío su vida, vacío físico y moral, le hace aferrarse a la poesía como a un áncora de salvación. Y esa luz de la poesía, lo iluminaba siempre.

Veamos esta joya que pertenece a sus "Elegías del Labrador":

Hace un mes que me muero,  
desde que ví a la señora;  
para mí ya no sale  
como antes la aurora.

Fué un momento, y su imagen  
en mí ser no se empaña.  
¡Con luz de sus ojos  
me la pintó en la entraña!...  
¿Qué es ésto? ¡Oh Dios!, ¿qué soplo  
de mi alma el huerto asuela?  
¿Por qué se me empurpuran  
mis párpados en vela?...

Y así todas las estrofas. Su lenguaje es el de un pájaro del campo, pero un pájaro que tiene en su arpa todas las delicias de la música. ¿No es acaso de la más brillante galanura del verso castellano esta otra composición de las mismas elegías?:

Río que pasas llorando,  
 río del acento blando,  
 si ella no se mira en ti,  
 ¿para qué te quiero, dí,  
 río que pasas llorando?  
 Flor azul de la ribera,  
 si yo ansiaba que algún día  
 en su corpiño te viera,  
 ¿de qué sirves hechicera,  
 si para ella te quería,  
 flor azul de la ribera?...  
 Paloma de pardas alas,  
 que entre las plumas del nido  
 tus quejas de amor exhalas,  
 echa tu canto al olvido...  
 ¡Que ya no escucha su oído,  
 paloma de pardas alas!...  
 ¿Para qué alumbras el monte,  
 luz que en el éter destellas,  
 si solo está el horizonte?...  
 Si no he de buscar sus huellas,  
 ¿para qué alumbras el monte?...  
 Como rezando por mí,  
 en las montañas desiertas  
 volar los vientos oí;  
 y un susurro de hojas muertas,  
 como rezando por mí...

¿No hay en ellas una ternura y una brillantez de alma pocas veces alcanzada?...

Cuando Arguello quiere personificar cosas ideales no tiene que buscar mucho en sus versos. Fluye la poesía sola, y le brinda ensueños literarios como éste:

Así la virgen era:  
 como tarde silente y misteriosa  
 esfumada en la sombra vespertina:  
 una tarde  
 que parece entre flores  
 cansada mariposa  
 buscando un tallo, en su embriaguez de olores;  
 que, al sentir que la noche se avecina,  
 recogiendo sus alas de fulgores  
 en su lecho de nácar se reclina.

Hay poemas de Arguello, que tienen por su forma la belleza de las mejores páginas de Flaubert y de Chateaubriand. Bastaría leer su maravilloso "Martirio de Santa Agueda":

En una sala inmensa, toda de gente llena,  
que se divierte y bufa, de una togada hiena  
mirando, en el hartazgo, de sangre hasta en la encía.

.....  
La muchedumbre aguarda con ansias. Ven el ojo  
de Quinciano. Es un ojo como un carbón, de rojo.  
Le ven los labios gordos de lascivia; el empeño  
de algo malo, que anuncian los temblores del ceño;  
y el gesto de que en su rostro, relampagueando, asoma  
el gesto de un milano que acecha la paloma.

Son los pincelazos del Flaubert de Herodías. Son los colores de las paletas de los grandes pintores de las letras francesas.

Los más excelsos escritores de ambos mundos, juzgaron la obra de Arguello. José Enrique Rodó, Romain Rolland, Amado Nervo, Maurice Barrés, Concha Espina, Manuel Mendoza Rosado, Emilia Pardo Bazán, Rafael Arévalo Martínez y Paolo Buzzi, por no citar sino a unos pocos.

Rafael Heliodoro Valle, ocupándose de su labor literaria ha dicho que Arguello "es un maestro del ritmo, eterizador del color y de la melodía, que conoce secretos hondos a maravilla, y en la limpidez cristalina de la forma de reflejar su pensamiento como en un espejo interior, lleno de lontananzas vírgenes, donde florece el ideal; es un poeta cuya inspiración va acrecentada, por un selecto estilo, por una vigorosa concepción, por la virtud de una cultura profunda en que la brillantez del talento se depura en el crisol de un estudio firme y exquisito, como un rayo que va por el cristal de un prisma. Sus versos son el producto de esa cualidad sacra: espíritu y expresión, forma y fondo, conciencia y arte, sentimiento y pensamiento".

Y en efecto, en todas sus poesías se nota eso particularmente, espíritu, expresión, forma, conciencia, arte... todas facetas de su personalidad maravillosa y pura, volcada en sus versos.

Dice Romain Rolland, que toda obra de Arguello se halla escrita en luz. Y tiene razón. ¿Queréis mayor luminosidad que la que emana de sus versos?

"Salve,  
divino mensajero! tú eres rizo  
rubio de la mañana!... Los pradiales  
pétalos te perfuman! Las palomas  
te peinan con el ala! Y, como engarce  
de armónicos carbunclos

y rítmicos granates,  
 te enfloran el cabello  
 de trinos los turpiales,  
 o en tus hebras jugando, sus arrullos  
 van prendiéndote al vuelo las torcaces.

La poesía es movimiento, vitalidad, juego de agua en las montañas, chorro de luz de las cataratas bajo la mirada del sol;

"Y en los saltos  
 en donde el agua se abre  
 como un vellón rugiente,  
 como un ala salvaje;  
 do la linfa retuércese en su lecho,  
 y es hirviente, colérica y pujante,  
 una crencha de plata enmarañada,  
 tú eres vida, eres pólen, eres sangre  
 de esa gran flor de espuma;  
 y entre el seno sutil de los cristales,  
 polvoreando de prismas encendidos,  
 en la espumante blonda te deshaces;  
 o sangrando no más, medio velada  
 por nítidos encajes,  
 como en alba camelia estambre rojo,  
 tu viva lengua entre la espuma sale.

Estas estrofas que pertenecen a su poesía "Himno al rayo de sol", son un peán a la luz.

Nos recuerda a veces los escalofriantes cuentos de Edgard Poe, y aún sus mismas poesías llenas de oscuridades y encantos secretos. Es que como el autor de "El cuervo", Arguello sabe llevar al lector de sus poemas, en una sentida gradación de imágenes que lo hacen personalísimo y sutil:

Media noche. Una lluvia que despierta  
 miedos en los insomnios. Pasa el viento  
 y hace chirriar los goznes de la puerta,  
 en la vela temblar la luz incierta,  
 y de sombras cubrir el pavimento.

Cuando lo hiere una pena, la pena un "retoñito mío arrancado de mí por la muerte" como él mismo lo confiesa, la poesía llega en él, a alturas insospechadas. Son imágenes llenas de vida, de color, patéticas, que sintetizan su emoción intensamente panteísta, vuelca en versos de delicada métrica y de acrisolado ritmo, palabras armoniosas que involucran su delicada pureza de artista:

"Ella volvió sola del bosque,  
 llena de frutas la canasta:  
 con ruborosos mangos y naranjas y hasta  
 con imperiales piñas coronadas. El gozque  
 jadeando de prisa, detrás de la frutera,  
 se echó al suelo de bruces, con la lengua de fuera.

¿No está sutilmente delineada la acción?... ¿No está pintada en forma perfecta la actitud del pequeño perro jadeando de prisa, veloz y glotón?...

No necesita de grandes figuras para pintar un cuadro, un ambiente, una figura:

"Vuelve que es una rosa; el ojo oscuro brilla;  
 y en el bosque, el bochorno le prendió una amapola  
 sobre cada mejilla".

Los mismos títulos de sus composiciones tienen sentido poético: "La copa de la reina de las costas felices", "Ella volvió sola del bosque", "Luces como enclavadas en los montes", "Ella tenía un pajarito", "La alegría de las olas", "Y cayó una lágrima en un corazón", "La danza de la tempestad"...

En algunas de sus composiciones, Argüello se acerca a lo más sencillo, a lo más puro, a la expresión íntima de sus sentimientos:

Paquita vivía solita.  
 Ni padre ni madre tenía Paquita.  
 Ni manos piadosas que cuiden si enferme.  
 Ni hermanos que digan: "¡Hermanita duerme!"  
 Paquita vivía solita.  
 ¡Ni sueños nupciales tenía Paquita!  
 Nunca en las ventanas se sentó a esperar,  
 ni a las margaritas vino a preguntar.  
 Que a las puertas de ella jamás llegó él:  
 y entre sus camelias no sangró el clavel.  
 Solita en la vida vivía Paquita,  
 Solita, solita...  
 Solicita en la nave de la catedral,  
 ya duerme entre flores su flor virginal...

Argüello, no desdeña las frases más sencillas. Sabe que consigue allí su mayor afecto. Y es que creo que en eso reside su belleza.

Otras veces en sólo seis versos dice tanto más que en largas composiciones en prosa. Tomemos por ejemplo: La alegría de las olas.

Hoy amanecieron festivas las olas.  
 Con sus cofias blancas y sus blancas golos  
 sonríen, doradas de sol, las coquetas.  
 Pero, con sus risas, yo me siento a solas,  
 porque cuando viajan tristes los poetas  
 les saben a tristes las alegres olas.

Sus poesías recuerdan la frescura de Gabriela Mistral, o las luminosas rimas de otro gran centroamericano Ricardo Miró.

Nos desdeña los oropeles de la poesía ligera, y fácil, agradable, vistosa, llena de bordados y puntillas;

Y el mancebo siente  
 que en sí va otra fuente,  
 donde los cristales  
 hierven, y en que rojas las espumas son;  
 que en el lecho  
 de su pecho  
 se han deshecho  
 los raudales  
 en madejas de pasión;  
 y que pasan la soñada prisionera de los férvidos  
 cristales  
 de su corazón.

La danza de la tempestad pareciera que tiene semejanzas, recuerdos, la misma fuerza creadora de Danza Triunfal, del gran Dario:

¡Ya vienen los músicos! Los ábregos llegan,  
 pesados y roncós al vasto salón de la mar.  
 Ciclópeas banderas de estraño las nubes despliegan.  
 ¡Cogeos la falda, veleros! ¡La negra función va empezar!...  
 En rimas de truenos, su son hiperbólico  
 da el cuerno entre hinchados carrillos de viento diabólico;  
 y cual si entreabiera su caja el Infierno,  
 comienzan las danzas al soplo del cuerno.  
 ¡Danzas, danzas, danzas, de todas las cosas!...  
 Y en los corazones, danzas pavorosas!...

A veces, la poesía recuerda aquellas estrofas del admirable Oscar Wilde, porque sutilmente como el bardo inglés, Arguello tiene frases como éstas:

Se murió la niña de tanto sufrir.  
 Su padre y su madre la vieron morir.  
 Cuando en el silencio, terminó su pena,  
 le rodó una lágrima por el rostro frío;  
 tal una azucena,  
 que al doblar el talle derramó el rocío...

Cuando Argüello deja que su inspiración corra por los anchos ríos de la poesía, entonces su estro se desplaza en el espacio, y su rima toma las tonalidades del iris. ¿Quién sino él podía escribir estos versos a la memoria del magno Rubén?..

Yo ví cuando la muerte, junto a su cabecera,  
para besar su frente se le inclinaba artera.  
Yo la ví, entre las manos de marfil o de cera,  
desgajada las cuerdas de aquella lira unciosa  
que en haz de arterias de oro cortadas por la hoz,  
dejaban goteando la sangre melodiosa  
de las postreras rimas que recogía Dios...

Santiago Argüello sigue escribiendo siempre. Constantemente. Los más rudos trabajos de la cátedra o de la política no le apartan de sus cuadernos de poesías.

Como él mismo lo dice por allí, escuchó "la voz de la llamada ciencia positiva, la falsa ciencia que lo infla todo en el estómago; la asesina de ideales, la que pretende que andemos sólo sobre el cerdaje de los puercos, en vez de navegar sobre las alas de los ángeles. Y esa dualidad de impulsos antinómicos —la armonía que esmalta, y la falsa verdad que entenebrece— operando sobre una conciencia desolada, es la que está expresada mejor que en ninguna, en la poesía "Luz y sombra". La poesía es extensa para transcribirla, pero bastan unas estrofas para seguir la ruta del poeta;

"Y se fué la hechicera.  
Y se borró el celaje  
Y se hundió entre sus mitos la Quimera.  
Y supe muchas cosas:  
que el ala de las lindas mariposas  
es polvo nada más; que el dulce labio,  
nido del beso, es fango; que las rosas  
no pueden perdurar... ¡Me sentí sabio!...  
Pero antes de dejarme, la sombría,  
cual triste fin de su letal empeño  
me mató el ruiñón, que es la Harmonía;  
me tronchó el lirio azul, que es el ensueño!...

Mas como dice Argüello en el prólogo de sus "Poesías Escogidas y nuevas" publicadas por el gobierno de Guatemala, en 1935:

"¿A qué seguimos contando todo eso?... Basta ya. De sobra sirven palabras, esas estrofas escogidas de sus rimas y de sus poemas. El poeta es grandioso como es grandiosa la selva. Es necesario leerle, para poder captar la onda rica de toda su obra;

y si elogios caben para la poesía, las palabras sobre su prosa, huelgan.

Como él lo ha dicho; en la misma prosa hacía poesía. Y en efecto. Tomemos cualquiera de sus libros; "La magia de Leonardo".

¿No ha dicho de este hermoso libro Max Henríquez Ureña, que sólo un mágico pincel pudo haber pintado esa obra admirable?... ¿No escribió Antonio Zamora que Argüello "con La Magia de Leonardo", nos lleva más allá de todos los libros que tanto en Europa como en América, se hayan escrito acerca de la proteica y maravillosa personalidad del gran florentino?

En Bolivia, en uno de los principales diarios, en "La Razón", hay un espléndido comentario que bien vale la pena reproducir. Dice así:

"La magia, nombre vulgar y cabalístico, convertido en espiral de luz y en mil facetas diamantinas contorneando la valía inmensa de la gema de Leonardo de Vinci. Bajo el buril de forma clásica, y en el taller de una honda y sencilla filosofía, véanse llamaradas de genio, golpes de contradicciones que estallan en fulgor, remaches de oro en acápites de frases; lúcida concepción; y por término, un cofre de filigrana que bien puede lucir, entre artefactos mil de la gaya ciencia, en el escogido acervo de producciones cervantinas y en el máspreciado anaquel de disecciones críticas. Santiago Argüello toma lo sutil del pensamiento y lo encara con maravillas de personificación en el palpitar de los más pequeños elementos. Es así como él, mago de nuestra raza, con policromías sutiles entre su forma clásica, ha modelado "La Magia de Leonardo de Vinci", para ostentar tan hermoso búcaro odorante, gloria y blasón de nuestras tierras vírgenes de América".

La Magia de Leonardo, es un hermoso libro. Es uno de los libros cuya lectura única no basta. Es necesario ahondar en él. Buscar en sus entrañas todo cuanto de hermoso hay. Es que como dice el autor en el prólogo:

"No es mi intento hablaros de Leonardo como pintor maravilloso; de su admirable técnica, de su colorido, de su forma... Tampoco de sus múltiples elucubraciones científicas, de su polimorfismo escarbar en la epidermis de la naturaleza. Esos son detalles del genio; y yo no voy a hablaros de detalles. De lo que quiero hablaros es del puño sintético que coge el Cosmos en la entraña, y operando en su médula, lo sujeta y dirige. De lo que quiero hablaros es del mago que, siendo químico, y mecánico, aeronauta, ingeniero y músico, y poeta y escultor y pintor y director de fiestas y de todo, es cien cosas distintas y una sola Magia verdadera; porque es la Vida Universal con una conciencia individual".

Estas mismas palabras que Arguello dice del florentino, las diría yo de su mundo, de la belleza del universo en su maravillosa individualidad. Se inicia el libro con un extenso comentario sobre la Magia. De esa palabra sombría que encierra el misterio insondable del Cosmos. Cuando Santiago Arguello, ha colocado al lector en un plano superior, en una situación cómoda para que pueda entenderle, cuando el lector ha comulgado con sus propias ideas, entonces, llevado por su "magia", el aeda de Nicaragua, lo hace penetrar en el Laberinto Vinciniano. Todo el libro es una biografía poemática... Pero no espere el que lo lea encontrar en él fechas ni cronologías. El libro es un estuche. Es una caja de Pandora, de la cual nada se escapa, porque todo queda en ella. Arguello divide su libro en varios temas: La magia del mago, Bajo los cielos florentinos, En la corte de Ludovico el Moro, El otoño del mago, La decrepitud, y el Sol se pone. Y a su vez, cada uno de estos temas, encierra capítulos que comprenden en su conjunto, toda la vida, la obra y la muerte del gran Leonardo. El lenguaje fluido e interesante, aumenta el valor de esta obra grandiosa. El idioma, lo pulido de sus frases, la armonía de sus giros, y la delicadeza de los temas, hacen de su lectura una joya de la literatura americana. Bastaría citar el tema tratado en la Gioconda para hacer del libro una obra maestra. Escuchemos al poeta:

"Pues en Florencia, halló esta vez el mago la incógnita de otro misterio. Primero había sido el de la Naturaleza; la Vida. Después, el del Mal en la cabeza de la Medusa-Gorgona y, antes, en aquel monstruo del escudo. En seguida, el de lo Divino y el de la Humanidad divinizada, esto es, la muerte del Cristo al sepultarse en el sepulcro material, y su Resurrección y su Ascensión por el espacio espiritual. Ahora tocaba el turno a otra fase del Misterio: la del Eterno Femenino.

En ese misterio, la iniciadora iba a ser una mujer (mujer y símbolo, como la Diótima de Sócrates): Mona Lisa; el iniciado, un genio: Leonardo; la esencia de la fuerza iniciática: el amor; la materia operante: la ebullición del beso; y la hostia de arte para la comunión del mundo. Un infinito sobre un lienzo: "La Gioconda".

No le bastaba a Arguello hablar de la Gioconda como mujer. Era necesario que su espíritu apolíneo hurgara en el cuadro, ese cuadro famoso con su misteriosa sonrisa — y de ese desentrañar misterios, surge una luz que ilumina todas esas treinta páginas del libro, dedicado a una mujer, y su retrato, pintado por uno de los más grandes genios de la pintura.

La magia de Leonardo, es uno de esos libros cuyo valor, sólo puede medirse —si es que puede medirse su valor— con la propia lectura, con la propia cosecha de ideas y de reflexiones sobre un personaje y su época. No es una biografía como las biografías estupendas de Maurois o Ludwig. Es una biografía única como solamente pudo realizarla Santiago Arguello.

Ese mismo criterio seguido en la *Magia*, es el que siguiere en *Las Lecciones de literatura española*", lecciones universitarias y eruditas, en las cuales desentrañó y perfiló gráficamente el proceso intelectual de los autores citados, sus características y las causas de sus progresos y de sus decadencias. Todos sus juicios tienen firmeza, y la precisión de quien estudió con tanto cariño como dedicación las figuras de la España.

Otro libro grande suyo es "*Mi mensaje a la juventud y otras orientaciones*", hermoso volumen que concentra cinco conferencias dedicadas a la juventud de hispano-américa, por intermedio de la juventud de México.

Estas conferencias fueron dictadas por el maestro en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, y patrocinadas por la Universidad Nacional, y apartando de ellas las cualidades literarias, hay en ellas tanta ideología, tanta filosofía estimulante, tanta imparcialidad en sus juicios, y al mismo tiempo tanta sensatez, que su lectura es un reconfortante para todos los jóvenes del mundo entero.

Santiago Arguello. comienza su libro con unas palabras aclaratorias que conviene recordar:

"No ataco —dice— ni siquiera censuro, señalo. Indicar un defecto, sin dosis de mala intención, sin ánimo de zaherir, es un propósito loable de simple finalidad terapéutica. Herir un dedo enfermo es un acto de amor.

No hago referencias especiales. No particularizo. Ni siquiera le hablo de una determinada juventud. Me dirijo a toda la juventud, la que hoy está floreciendo en el extenso huerto hispano-americano.

Como no soy político, ni busco granjerías, ni hay que buscar transtienda en mis palabras. Ni el odio, porque no cabe en mi alma; ni el interés, porque no es timón de mis actos. Una buena intención perseverante, una perpetua angustia por nuestros destinos, una honda tristeza por nuestros vicios raciales, que nos ponen inermes ante el hambre invasora. "Nada más".

Sus frases, como más adelante lo aclara, se encaminan a ser cada una como un clarín despertador de amodorrados y vaso de remedio para nuestros enfermos. Este libro es un con-

junto de sabias enseñanzas. Hay de todo en él y para todos, Filosofía, Derecho, Historia, Política, Sociología, Pedagogía, Ética... Todas materias que desarrolladas por él en esa forma tan sublime, hacen del libro una joya sólo comparable a los Siete Tratados de Montalvo, y un poco alejadas por su forma, pero un tanto hermanadas por su significación, a los Ensayos de Montaigne... Tienen razón en Guatemala cuando dicen que Arguello es para ellos como el autor de "Ariel" para los uruguayos!.. Es que como Rodó, Arguello sabe dónde clavar su dardo, y como aquél, sabe dónde encontrar el remedio. Arguello es un índice, una señal para la juventud pensadora de América y del mundo. Parece extraño que aún no se hayan divulgado más sus obras. ¡Triste suerte la de las grandes figuras, reservada para después de su óbito!.. Puede que ahora, ahora que el gran poeta nicaragüense ha ido a encontrarse con el gran pájaro de oro que fuera Rubén Darío, sus obras se pongan más al alcance de todos.

Asombra realmente, que con las palabras más fáciles y las expresiones más simples, este hombre maravilloso haya escrito esta gran obra.

Su pluma mágica alcanza a veces las alturas de la dulzura y la sapiencia helénicas. Los que escucharon su palabra en sus conferencias magistrales, saben de las tonalidades de su voz, de sus cadencias de poeta, y la grandiosidad de sus lapidarias sentencias. Si el triste y grandioso Carlos Dickens deleitaba a miles de oyentes con las lecturas de sus propias novelas, si los que lo escuchaban sollozaban cuando le oían contar las cuitas de su extraordinario Davied Copperfield, los que oyeron a Arguello en las más variadas tribunas, saben que su palabra era de oro, y al igual del famoso irlandés prisionero de sus propias pasiones: cuya palabra era mejor de lo que escribía, saben que Arguello sobresalía por sobre todos los que dirigían el pensamiento humano, desde los pedestales de las tribunas de la oratoria.

En "El divino Platón", hizo una evocación tan notable del filósofo griego, que su obra le valió los más conceptuosos elogios de la crítica.

Félix Palavicini, en "Todo", de Méjico, publicó en su hora un artículo, que bien vale leerle para compenetrarse de los quilates de la obra:

"El sabio maestro que en la Universidad de Guatemala ha encontrado el hogar de su cátedra tranquila, Santiago Arguello, el profesor de elocuencia y de filosofía, ofrece a la cultura de

lengua castellana dos volúmenes dedicados a Platón. Análisis de ideología y de tendencia, crítica sagaz sobre reflexiones e interpretaciones ajenas, admirable exposición que, dentro de un estilo académico, luego encantadora claridad. Si el señor Arguello escribiera este libro en francés, todas las casas editoriales se disputarían el derecho de publicarla, porque no creemos que exista en ningún idioma obra más completa y atrayente que la que acabamos de leer".

Cansinos Assens, cuando leyó en su hora este libro grande, monumento de literatura y penetración psicológica, dijo que "era una obra de sublime belleza, de sabiduría y bondad, y que en ellas oía una voz apta para dialogar con las grandes voces del mundo".

Cuando Arguello publicó otro de sus grandes libros: "Llegó el instante de las Profecías", Rubén Darío, publicó unas palabras, que parecen una sentencia de Jesús: "En verdad os digo, que fué grande ese sublime instante. De ese instante supremo para la lira de Arguello, mana una dulcedumbre verde, cordial y cara, que acaricia la noble frente del poeta". Esta obra, que su autor reeditara en 1923 bajo el título de "El Alma Dolorida de la Patria", es un libro en el que precisa la posición de la América Española frente a la América Sajona. Son páginas ardientes en las cuales el poeta ha puesto todo su patriotismo idealista, bien pronto suplicante, bien pronto amenazador. No hay en él, el tono común de los poemas modernistas, por el contrario, el libro de Arguello ocupa un puesto aparte. Se coloca a la cabeza de esos poetas de patriotismo continental, que cantan a la Raza, y entre los que se cuentan Chocano, Almafuerite, Lugones, y la misma Mistral. Pero cuando abandona ese estilo estentóreo que constituye su grandeza, Arguello vuelve a ser el poeta de ligereza de estilo, de toques sutiles, y de poesía exquisita.

Si hay un libro maravilloso en la lengua castellana, — hablo de los Motivos de Proteo, de José Enrique Rodó; Mi mensaje a la Juventud, del poeta nicaragüense, no le va en zaga. Arguello es el escritor de la luz, porque si el corazón se halla oprimido por los trastornos porque atraviesa el mundo, si el alma humana está empañada de tanto libro como produjo la postguerra, los libros de Arguello, y especialmente Mensaje a la Juventud, son un llamamiento justiciero a los jóvenes de América y del mundo. Dijo Rufino Blanco Fombona en cierta oportunidad, que: "Mi mensaje a la Juventud es un breviario que

todos los jóvenes y aún los viejos, debíamos aprender de memoria", y en verdad tenía razón.

¿Maravillosos son estos conceptos sobre la patria:

"Sabemos lo que es hogar. Lo sentimos como si fuera parte inseparable de nuestro propio ser. Pero muy raros son los que sienten la patria de tal modo. Por hoy, el patriotismo redúcese a cierta hinchada vanidad que nos induce a proclamar la tierra en que nacimos como un perfecto dechado de excelencias. Y el patriotismo es precisamente todo lo contrario: es el examen desapasionado, del cual ha de surgir la cualidad, para fortalecerla, o el defecto, para atenuarlo o suprimirlo. Querer a la Patria no es proclamarla grande sino procurarla grande".

Conceptos vertidos así, existen en todas las páginas de este hermoso libro.

¿Queréis saber lo que opina sobre la libertad?... Leed:

"Hay que saber ser libre, sabiendo sujetarse. Correr dentro del cauce: esa es la libertad. Así nos lo ha enseñado nuestra querida hermana el agua, esa poetisa que, cuando es ordenada, sabe hilar versos íntimos en su apacible rueca de cristal; pero que cuando pierde la razón, se desborda, rompe su ley divina, y hace de su labor fecunda y de su rueca de poesía, la mole tumultuaria y brutal que devasta y arrolla, y que, descuajando los cultivos, sólo siembra catástrofes".

Es raro encontrar un hombre que hable así. No ataca nunca, ya lo hemos dicho, pero sabe decir las cosas, como son. Cuando habla de la mujer, porque también aborda el tema del feminismo, y por cierto que en páginas extensas sumamente interesantes da a la mujer el lado que le corresponde. Bien claro lo dice: "Ni por delante del hombre, ni por detrás del hombre: a su lado".

Altamente psicólogo y pedagogo, Arguello sabe dar a la pedagogía el lugar que merece. Nada de falsos conceptos: "La única pedagogía es aquella que, como la vara de Moisés, haga brotar el agua de las peñas: la que desenvuelva en cada ser lo que éste potencialmente encierre: la que, en vez de bachillerismo, sea despertamiento; la que sepa dar a los niños, en su correr por la existencia, la luz que alumbra; la brújula que guía, la fuerza que resiste, la virtud que construye. ¡La Ciencia Integral!...

Mi mensaje a la Juventud es un libro de cabecera. Uno de esos libros íntimos y fervorosos, en los cuales nos refugiamos,

lápiz en mano, para subrayar aquellos párrafos en los que nos sentimos muy cerca del autor. Libros en los que depositamos lo más íntimo de nuestra alma, porque sabemos que en él se hallará el puerto seguro para nuestro desasosiego.

La escritora española Concha Espina, entusiasmada con páginas de *Mi Mensaje a la Juventud*, le escribió al aeda nicaragüense una carta elocuentísima, en la que le anunciaba que en una novela suya, trasladaría varios párrafos de los contenidos en el alegato sobre la *Mujer Integra*.

En otro de sus libros, *Modernismo y modernistas*: aportó todo su conocimiento artístico sobre el complejo modernista, en una suerte de interpretación histórica y filosófica, a la manera usada en *La magia de Leonardo*. Es un verdadero tratado de rígida crítica, cuyos valores aumentan por la seriedad de sus conceptos.

Otro libro curioso suyo es "El libro de los Apólogos y otras cosas espirituales", formado por prosa y poesías.

Leemos en el prólogo: "En este libro hay toda la apariencia de una ligera miscelánea. Pero es sólo apariencia. Más bien dicho, según los ojos que lo leen. Porque hay ojos y ojos. Unos que sólo leen las letras; otros que saben leer tras las letras. Estos últimos se hallan siempre seguros de que hasta en el ala de una mariposa se puede a veces deletrear a Dios. Así, este libro, será, para unos, sólo eso; ala de mariposa, pero otros hallarán, tras lo frágil, alma de Eternidad".

Después de breves consideraciones sobre el libro, en las que recalca la trascendencia de los conceptos vertidos en él, a pesar de lo frívolo que pueda encontrarse en el mismo, agrega: "En mis múltiples conferencias, en las lecciones de mis cátedras y hasta en los juegos estéticos de mis poesías, me he empeñado, invariable, en producir a fuerza de estetismo en la idea, a fuerza de color en las imágenes y a fuerza de música en el verbo, la vibración sutil que nos conduce al despertar de lo intuitivo; ese temblor íntimamente misterioso que va resquebrajando los opacos estratos de lo intelectual, para hacer que surja, trascendiéndolos, la luz que no cabe en la palabra".

El autor prodiga en este libro más que en cualquier otro, las imágenes, pero como lo explica, no sólo son imágenes literarias. La imagen es algo más. "Una imagen, dice Arguello — es un símbolo, es decir una evocación, en la forma, de lo informe, una gota de Infinito, cristalizada en el lenguaje".

La imagen es el capullo del apólogo, parábolas, mitos...".

Esto sencillamente nos hace penetrar en el libro de Oscar Wilde, cuando, con su maestría genial, enlazaba palabras nazarenas en apólogos delicados, como quien engarza diamantes en una joya. ¿Recordáis "El Artista"?; ese delicioso apólogo, obra maestra de Wilde? Pues Arguello, tiene varios en ese mismo estilo. Y todos ellos con su parábola final, justa, acabada.

Escuchad algunas de estas sentencias, remates de sus apólogos:

"Quien lee en el Código, quema al criminal, pero quien lee en el criminal, quema el Código".

"El amor del hombre pide, El amor de Dios, da".

"A quien, en la existencia, sólo mira reflejos, hasta los conos de los altos volcanes apuntan siempre para abajo".

"La Ciencia es el amor por el Conocimiento; y el amor es la Sabiduría por el Corazón".

"Quien ansía volar, ya está volando".

"El daño más horrible no está en el padecerlo, sino en hacerlo padecer".

"Hay muchos que son buenos sólo por falta de energías para ser malvados".

"No ates a nadie ni con cadenas de cielo; porque, aunque de cielo, son cadenas".

"El libro no debe ser nunca nuestro amo, sino nuestro servidor".

"La cruz sobre el pecho es ostentación. Dentro del pecho es religión".

Estas sentencias, esos apólogos, nos recuerdan al Verbo alado y firme de Rodó. Son como las parábolas del autor de "El Mirador de Próspero".

Varias veces he repetido que Arguello es el maestro de la sencillez. Una poesía de su libro, la poesía "Saca miel" me dará la razón:

Abejita de la vida,  
 si el vergel  
 te da su rosa encendida,  
 saca miel.  
 Mas si tu mano halla en él  
 lo que amarga o deja herida,  
 de la espina o de la hiel,  
 abejita de la vida,  
 saca miel.

Al igual que aquel artífice español, aquél artífice que supo poner su genio de poeta y de mago, como el aeda nicaragüense, Gabriel Miró, en sus maravillosas "Figuras de la Pasión del Señor", Arguello tiene poemas sobre la pasión, que revelan su bondad y su sentido del arte.

Santiago Arguello, amigo de mostrar pequeñeces de su vida grande, coloca más íntimamente, en una forma autobiográfica, poemas que sirven para que se le conozca más íntimamente en una forma distinta a la que puede forjar el lector, cuando en íntima comunión con él, lo sigue a través del laberinto sorprendente de sus escritos.

Tiene una narración que titula "Papa Arguello", en la que hace atinadas observaciones sobre el cariño que en nosotros despierta, sin que podamos explicarlo, determinada persona, como también la repulsión para otras, misterios ambos que se reproducen a cada instante, sin que tratemos de hurgar en ellos.

Y dice: "Hay quienes afirman que esas almas que se buscan sin causa, o se repelen sin motivo, se han vinculado en otras vidas por un lazo de amor o de aborrecimiento. Porque el odio acerca, lo mismo que el amor".

E inmediatamente, narra un caso personal e íntimo que le ocurriera en Santa Ana, ciudad del Departamento de Santa Ana en El Salvador.

Cuenta que entre los que hicieron el honor de aguardarle en la estación del ferrocarril, hallábase una persona de superior escala cultural con quien fraternizó desde el primer día: era un hombre que siempre pensaba bien, y sobre todo que siempre sentía bien. Hombre de alma blanca y de sólido cerebro, derrochó los más cálidos afectos con el poeta y desde el primer momento hizole penetrar en un santuario: su hogar. Si bueno era el nuevo amigo, nobilísima era su esposa y delicados sus hijitos.

Pero quienes mejor impresionaron al apóstol nicaragüense fueron los niños:

"Escuchad su propia confesión:

"De los niños, la menor, una chiquilla encantadora, dueña de un mirar ultraempírico, con dos ojos prestados por el cielo a la tierra, con una luz longeva que se diluía en inocencia infantil; se me adhirió desde el primer instante en que me vió. "Papá Arguello, decíame. Y se abrazaba a mis rodillas como una gatita zalamera. Y cuando me iba: ¿Por qué se ha ido papá Arguello?... Nuestro conocimiento era reciente. Y sin embargo su apego era de siglos. Una rosita nueva con raíces eternas.

Arguello, viajero incesante, sigue viaje al "país de la eterna primavera, Guatemala", y un día cuando menos lo esperaba, una carta del papá natural, y con ella la tremenda noticia:

¡La niña había muerto! “Y al morir se había llevado lentamente al “¡Papá Arguello!”, sonando ledamente entre los labios fríos.

El poeta, sensible, tierno, sufrió íntimamente con esta noticia. Su arpa sonora debía vibrar por la pequeña muerta. Y de sus cuerdas, surgiría esta hermosa poesía de la lírica, que vale realmente ser transcripta:

Cuando me viste me reconociste...  
 ¡Papá Arguello!, tu boca me decía,  
 porque, al verme, supiste  
 que tú eras rosa en mi jardín un día.  
 Y al saber que te fuiste,  
 papá Arguello está triste:  
 ¡Papá Arguello te llora, hijita mía!  
 Papá Arguello te llora con un dolor profundo;  
 pero luego te ríe con un divino anhelo.  
 Lloro cuando te pierdes, con los ojos del mundo;  
 ríe cuando te encuentra, con los ojos del cielo.  
 Tus padres lloran como yo.  
 ¿Y cómo no...?  
 ¿Si ellos ven tu partida como la veo yo...?  
 Mas, ¡oh angelito sembrador!,  
 ellos sabrán, bajo su cruz,  
 que tú viniste, por amor,  
 a abrir la brecha de la luz  
 con el cauterio del dolor.  
 Y ellos sabrán que no te has ido;  
 que el viaje es sólo una ilusión;  
 que estás más cerca de ellos que lo que siempre ha sido  
 ¡que has trasladado al nido  
 para su corazón!...  
 Papá Arguello te llora. ¡Haz que sonría!  
 ¡Llévale un rayo de tu paz serena!  
 Y, así, como aquel día,  
 límpiale la tormenta de su pena  
 con el iris de un beso, hijita mía!...

Quien esta poesía ha dejado, digno es de tener para siempre la eterna estima. Es como una lágrima grabada para siempre en el libro. Porque su dolor, ese dolor humano, es un dolor universal. Y esa universalidad de Arguello es su principal valor.

El libro de los Apólogos y otras cosas espirituales, es por ello un libro para deleite espiritual. Libro del pensamiento, para el pensamiento. Miscelánea sencilla, pero profunda. “Ala de mariposa, pero con letras en sus escamas polícromas”.

Aparte de todos los valores innegables a las obras de San-

tiago Arguello, hay que reconocer el poder creador de su obra. Porque su lectura no satisface momentáneamente. Es necesario volverle a tomar, seguirle en su sendero como seguían los discípulos a Sócrates, para comprenderle bien. Arguello pareciera despertar en todos cuantos le leen ese soplo divino misterioso y escondido, ese soplo latente en todos los seres, que necesita de ese chorro de luz para transfigurarse.

¿Recordáis aquella poesía de Enrique Heine que dice:

¿Quién soy? Bardo germano en Alemania  
de todos conocido.  
Cuando se citan los más altos nombres,  
también se cita el mío!...  
¿Qué siento? Lo que sienten en mi patria  
muchos por cruel destino.  
Cuando se citan los dolores grandes,  
también se cita el mío"...

Pues Arguello podría responder también como el poeta. Porque en toda su obra, a lo largo de su extensa carrera literaria, hay una profunda nostalgia, un largo camino de pesadumbre. Su poesía está cubierta de fino traje. Hay en ella color, luz, armonía, pero en el fondo hay siempre como un dejo de tristeza.

¿Será un rasgo de los privilegiados el llevar consigo esa aliada sombría e inseparable?..

Es que quizá, Arguello, que tanto viera, él que tanto había creado, él que tanto andara por los caminos del mundo, una tarde, como lo dice en una de sus bellas poesías, sentado lejos de la patria, mirando el mar azulado y rugiente, habría escuchado una voz interior, una voz sombría que le hablaba quedamente, y esa tarde, el buen poeta, el poeta ya cano:

Y escuchó el anciano,  
del cabello cano  
las notas divinas del ajeno son:  
y miró la arruga de su vieja mano,  
y cayó una lágrima en su corazón!...

Si humanísimo era Arguello en su vida, humanísima resulta su poesía. ¿Quién no ha sentido ese instante de pesadumbre que tan bien refleja en pocas líneas el apóstol poeta?..

Bajo un gran silencio la pena moría.  
Y yo estaba triste sin saber por qué.  
¿Qué pena torna el alma mía?  
¿Qué angustia ella presentía?  
¿Lo que no ha sido o lo que fué?

¡Cómo oprime el alma la melancolía  
cuando uno está triste... sin saber por qué...!

Bastan pocas poesías como éstas para consagrar a un poeta. Cuando Francisco Villaespesa leyó a Arguello, y sobre todo su poesía "El Vaquero del Cortijo", dijo que con una docena de poesías semejante a esa, el autor podría ser calificado como el primer poeta de América.

Realmente, en literatura como en música, y en pintura como en escultura, basta una obra, una sola, una obra con todos los atisbos del genio para hacer del creador, un nombre.

El vaquero del Cortijo  
se despereza en su lecho,  
y con sopor medio entorna  
los párpados somnolentos.  
A las estrellas preguntan  
sus ojos qué hora es; y luego  
sabe ya qué hora es de fijo;  
porque son para el vaquero  
un alfabeto de plata  
las estrellitas del cielo.  
Cordel arrollado al brazo;  
la blusa abierta en el pecho;  
la cuba de palo, al hombro;  
y el ojo rumiando sueño.

.....

Habría que transcribirla íntegra. Es una joya en belleza. El pobre vaquero que ha salido como todas las mañanas, recibe la triste nueva que ha muerto su zagala. El vaquero del Cortijo estar quisiera con ella, pero la vida lo llama:

¡Suelta esa rosa marchita!  
¡La vida te habla vaquero!  
¡Ya la flor recién nacida,  
perfume engarza en el viento!  
¡Arrolla el cordel al brazo  
y empuña el ordeñadero!  
Porque la vaca ya muge,  
la leche se está saliendo,  
y asoma en la empalizada  
la cría el hocico hambriento.  
Tal dice el canto del gallo,  
y tal le dice al vaquero  
el alfabeto de plata  
de las estrellas del cielo.

Y el pobre vaquero parte. Sola queda la zagala. ¡Con cuánta gana quedaría junto a ella dándole besos y besos sobre su

frente de plata!.. Pero su padre que es viejo le llama... El vaquero parte, se va...

Vuelan sus pensamientos:

¡Qué dichosos los vivos que pueden  
estar con sus muertos!...

piensa.

Y luego, el Vaquero, en el corral, pasa estrujando las ubres rojas, en el suelo, la blusa arremangada, y los chorros leche "intermitentes dialogan", y "la ubre congestionada le brota espuma en los dedos", las lágrimas caen de sus ojos, rasgando "la espuma nupcial del velo".

Esta poesía lo consagra. Hay belleza, armonía, color, sabor local, frescura y un sentido humano hondo, muy hondo que llega a lo más íntimo del ser.

¡Tenía razón Villaespesa!.. Pero Arguello escribió muchas docenas más de poemas como el del Vaquero del Cortijo!.. Y hubiera seguido escribiendo, porque él, viajero infatigable de la pluma y de la palabra, trabajaba siempre.

Y la muerte viene a arrebatarlo, cuando tornando del extranjero volvía a su patria para hacerse cargo del Ministerio de Instrucción Pública.

El poeta volvía a su patria. El poeta tornaba a su tierra natal para tomar la corona de laureles, en nuevos triunfos y merecimientos, pero...

Llegó la noche, y en su tierra natal  
se quitó la corona, y reclinó la sien  
cansada, sobre el blanco regazo fraternal...  
¡Y eterna paz!... ¡Amén!...